



LUZ RODRÍGUEZ CARRANZA (Universitat de Leiden),
«Fábulas Morales: *Todo*, de Rafael Spregelburd»,
Simposio: Imágenes y realismo, Leiden, 29 de setembre
– 1 d'octubre de 2011.

El teatro argentino ha manifestado en los últimos 25 años una actividad y una multiplicidad extraordinarias. Para dar un ejemplo, en el 2008 hubo 800 estrenos sólo en la ciudad de Buenos Aires, contando exclusivamente las salas habilitadas: la cifra «no incluye los reestrenos» —advierte Jorge Dubatti— «ni el teatro que se hace en plazas, calles, hospitales, geriátricos, escuelas, neurosiquiátricos y demás espacios no convencionales». Esta producción indica una época de oro en la escena argentina: son ya clásicos, pese a la juventud de la mayoría, los nombres de Mauricio Kartun (1946), Ricardo Bartís (1949), Emeterio Cerro (1952), Daniel Veronese (1955), Javier Daulte (1965), Rafael Spregelburd (1970), Mariano Pensotti (1973), Federico León (1975), Claudio Tolcachir (1975) y Lola Arias (1976), para citar sólo algunos, o los grupos ya míticos Carabají, El Periférico de Objetos y El Patrón Vásquez. También hay una gran proyección internacional: los autores

/ directores arrasan con los premios en América Latina y Europa, las obras son traducidas o representadas con traducciones en pantalla en las principales capitales, en festivales importantes o en lugares remotos. Algunas, como las de Rafael Spregelburg, son estrenadas simultáneamente o incluso antes en alemán, en francés, en inglés o en catalán que en español.

Es en el teatro argentino —y en el cine— donde la ficción está planteando hoy las propuestas más interesantes: me atrevo a decir que estamos presenciando una «configuración» que vuelve obsoleta las anteriores. Ahora bien, como advierte Badiou, sólo podemos describir esa configuración de manera imperfecta. Es más, lo aconsejable es ocuparse sólo de una obra y evitar las generalizaciones, porque cada una es una «*indagación inventiva sobre la configuración*», es única y es múltiple: cuando la obra escogida se llama *Todo*, además, es más que suficiente.

No es posible en pocas páginas discurrir sobre la producción de Rafael Spregelburg; su actividad incesante, la serie monstruosa de la *Heptalogía de Jeronimus Bosch*; la no menos monstruosa y desopilante *Bizarra*,

teatronovela de diez capítulos de tres horas cada uno; las otras obras que fueron escritas y puestas en escena en los intersticios de la *Heptalogía*; sus textos periodísticos y ensayísticos, sus intervenciones en televisión y en el cine como actor —*El hombre de al lado* (2010), *Agua y sal* (2012)— o director —*Floresta* (2011). También exigiría muchas páginas reseñar los premios que recibió, la valoración unánime de público, gente de teatro y críticos. Su producción se encuentra detallada en internet y ha sido periodizada por Jorge Dubatti. [...]

En una época en la que el consenso es sostener que el pensamiento no puede acceder a un mundo independiente de la subjetividad, la idea de totalidad es extemporánea. Más aún, es una idea terrorista. En una conferencia que se difundió en Internet en abril de 2011, Žižek cita la primera página de *El hombre que fue jueves* de Chesterton, donde el narrador propone instalar un cuerpo especial de policías que sean también filósofos: en lugar de arrestar ladrones en los tugurios, irían a los *tea-party* para detectar pesimistas. Hoy esa especialización policial ya no hace falta, obviamente, porque todo el mundo es pesimista, pero, se pregunta Žižek en cambio,

Aceptarían filósofos tan diferentes como Popper, Adorno o Levinas una versión ligeramente modificada de la misma idea, en la cual el crimen político actual sea llamado totalitarismo y el crimen filosófico esté condensado en la noción de totalidad? [...] El policía político ordinario se infiltra en organizaciones secretas para arrestar terroristas, el policía filosófico se infiltra en simposios para arrestar defensores de la totalidad.

Cabe preguntarse si Rafael Spregelburd es un terrorista según la definición de Žižek o según la más difundida de Jorge Rafael Videla —un asesino de triste memoria—, «alguien que difunde ideas contrarias a la civilización occidental y cristiana». A mi juicio lo es en los dos sentidos. En el de Videla, que es el de los policías de Chesterton, porque muestra la desaparición de la piedra fundacional del todo occidental y cristiano, también llamado «modernidad»: el valor. En el de Žižek, porque el consenso de la disolución es contrarrestado por fuerzas que la niegan: Žižek lo explica con Hegel, Spregelburd, en entrevistas y ensayos, con la teoría del caos, también llamada teoría de la totalidad. Ahora bien, si la definición del TODO, como sostiene Lacan, es que una pieza tenga valor de cambio



—y este es también uno de los postulados básicos de la novela realista del XIX— ¿qué es lo que puede intercambiarse cuando esa pieza no vale la unidad en cuestión, cuando el consenso es el no-valor? O dicho de otro modo, en el lenguaje que me interesa hoy, si ya no creemos en la representación, ¿para qué sirve la *mimesis*, y para qué sirve la política? La pregunta es ética, y también lo es, a mi juicio, la preocupación de Spregelburd: «Yo he pensado siempre, de una manera un poco incómoda, que quieras o no, la moral es siempre tema del teatro». [...]